

FLAMARIQUE, LOURDES Y D'OLIVEIRA-MARTINS, MADALENA (EDS.)
Emociones y estilos de vida. Radiografía de nuestro tiempo, Biblioteca
 Nueva, Madrid, 2013, 293 pp.

Comprender el cambio cultural y, por tanto, indagar en los rasgos específicos de la cultura en la que vivimos no es una tarea sencilla, aunque sí fundamental dentro del esfuerzo reflexivo por comprendernos a nosotros mismos. Este interés por comprendernos y por comprender la sociedad que configuramos con nuestras prácticas culturales será, sin duda, el objetivo principal de este libro.

El eje central del discurso se establece con gran claridad desde el comienzo, pues, según expone Ana Marta González en la Introducción, en él se pretende proporcionar algunas claves interpretativas que permitan apreciar el cambio cultural experimentado en las sociedades occidentales a lo largo de los últimos decenios.

El título mismo anuncia que la tónica argumentativa se inserta en uno de los aspectos más sobresalientes de nuestra cultura: el protagonismo de las emociones. Se parte de la convicción de que ha habido un cambio de régimen emocional respecto a la modernidad temprana, y, bajo este régimen, los diversos capítulos del libro se agrupan en una misma y sólida consideración; esto es, que la autoexpresión de emociones se ha rodeado de connotaciones de valor positivas y, sobre todo, que el régimen emocional ha impregnado múltiples dimensiones de la vida cultural.

La Introducción permite comprender que este protagonismo de las emociones (volátiles y subjetivas) sea casi connatural a una cultura en la que la proyección utópica de la razón ha sido destruida y reemplazada por la inmediatez temporal y espacial de las nuevas tecnologías. En este sentido, tanto las páginas iniciales como la primera parte del libro —titulada “Los cambios que vivimos”— dejan claro el modo en el que las emociones figuran como valiosas herramientas para adentrarse en el análisis de la cultura.

Es esta primera sección, Alejandro N. García señala la gran atención que se ha prestado al estudio de las emociones implicadas en las prácticas de *consumo*. El autor establece el reto de lograr una conceptualización no reduccionista de las emociones que pueda ser

aplicada al consumo ya que, según afirma, las perspectivas contemporáneas incurren en un error de conceptualización al considerar que las emociones son meras afecciones neurológicas.

Lourdes Flamarique destaca algunas paradojas del imaginario social contemporáneo; entre ellas, el que la esfera pública de opinión (que parecía conciliar las dos aspiraciones del hombre moderno: la autonomía y la racionalidad social) se encuentre conformada por contenidos *políticos* que se reducen a lo meramente existencial, a lo que emociona y despierta simpatía. La autora resalta el modo en el que las redes sociales alimentan esta experiencia y, sobre todo, abre la posibilidad de que estas circunstancias conlleven a una decadencia o mutación del modelo político y social moderno.

Aurora Bernal subraya el modo en el que la construcción de la propia identidad se ha convertido en uno de los objetivos principales de la *educación* y, a través de ello, justifica la importancia que las emociones han adquirido dentro del ámbito educativo. La autora no juzga problemático el que se considere el papel de las emociones en la vida humana o su posible educación, sino el hecho de que se diluya la actividad terapéutica con la educativa, como si la segunda pudiera reducirse a la primera.

Pilar León muestra que la introducción de las emociones como factor etiológico de la enfermedad (idea fundamental de la medicina psicosomática) tuvo como consecuencia el reconocimiento de la *relación médico-paciente*. Sostiene que, si bien esta propuesta teórica ha sido desacreditada y desterrada por la medicina científica, es posible e incluso necesario reconocer la influencia de esta corriente en la práctica médica general contemporánea.

Finalmente, Rosalía Baena señala la estrecha relación que existe entre un creciente interés por las *narrativas* personales (principalmente del género autobiográfico) y el enorme desarrollo de la dimensión emocional dentro de la cultura contemporánea. Esta proliferación de la escritura del yo es, según la autora, reveladora de parámetros culturales como: el fomento de la expresión de las emociones, la difusión de las fronteras entre lo público y lo privado y la fractura de la identidad.

El estudio no descuida el modo en el que la racionalidad moderna sigue configurando nuestra realidad social pues, presente en

forma de racionalidad científico-tecnológica, es considerada como el escenario principal para sus manifestaciones. Así, a través de ciertas “Tipologías emergentes de la cultura emocional”, el segundo apartado del libro destaca esta confluencia entre el ideal cultural de autoexpresividad y las nuevas tecnologías.

Ana Marta González destaca la proliferación de narrativas centradas en experiencias dolorosas o traumáticas y, a partir de ello, destaca la tipología del *victimista*. La autora analiza el hecho mismo de que haya tantas personas deseosas de presentarse públicamente como víctimas de la vida en general y destaca que vivimos en un “régimen de la compasión” en donde no sólo se han introducido cambios en nuestro modo de concebir lo público y lo privado, sino también en la naturaleza misma del sufrimiento.

Como contraparte del *victimista*, Madalena d’Oliveira-Martins tipifica al *solidario internacional* como aquél que encarna la instrumentalización de la solidaridad pues, al ser una iniciativa motivada en gran parte por el sistema, genera un tipo de relación que es meramente mediática, virtual, rápida y transitoria. Esta artificial solidaridad es considerada como indicativa de la necesidad emocional del espectador por eliminar el malestar provocado por el sufrimiento ajeno.

Ambrogia Cereda subraya cómo es que el mundo del mercado contemporáneo se encuentra organizado para producir libertad experiencial y simbólica en las prácticas de consumo. La autora coloca el acento en los *publicconsumidores*, en quienes se busca un consumo creativo de las imágenes, de modo que éste sea medio y fundamento para que el consumidor construya una propia narración sobre sí mismo.

Como parte de esta dinámica de consumo, Luis E. Echarte sugiere el inicio de un nuevo mercado: el de la medicina. El autor denuncia la medicalización de la normalidad, el consumismo de síntomas y la búsqueda de descorporeización de las emociones como parte de la condición del *homo tecnologicus*; es decir, de un hombre sumergido en la autocomprensión, hiperatento a su inmediatez y, por tanto, enfocado en sentirse bien y evitar el dolor.

Leonor Gómez hace un análisis minucioso de las emociones del *internauta* y, entre muchos de sus aspectos, señala cómo es que

Internet induce a una desencarnación corporal al mismo tiempo que implica una reencarnación tecnológica en la que, tanto el anonimato, como el entorno seguro y el tiempo para la deliberación, salvaguardan la identidad del internauta sin mermar el efecto catártico de autorrevelación.

Isabella Leibrandt, en este sentido, hace explícita la tipología del *bloguero*; en quien se hace patente el modo en el que la red se ha convertido en un laboratorio social para la construcción y reconstrucción de un yo cuya estructura es concebida como dinámica, múltiple y siempre en proceso de conformación.

Como enfoques de una misma problemática, estos estudios dejan al lector un camino reflexivo por el cual transitar, pues, si bien el tema es retomado desde diversas aristas, ninguna de ellas parece traída al azar. El libro obsequia al lector un espacio discursivo coherente y adecuado para la profundización en torno a las prácticas sociales contemporáneas, pero sobre todo ofrece una plataforma analítica capaz de sugerir algunos de los preceptos culturales que les subyacen.

Fernanda Crespo Arriola. Universidad de Navarra
mcrespo.1@alumni.unav.es

GARCÍA AMILBURU, MARÍA Y GARCÍA GUTIÉRREZ, JUAN

Filosofía de la educación: Cuestiones de hoy y de siempre, Narcea, Madrid, 2012, 215 pp.

El objetivo de esta obra de María García Amilburu y Juan García Gutiérrez, ambos catedráticos de Filosofía de la Educación de la UNED, es introducir a los futuros profesionales de la educación en el ámbito de la Filosofía de la Educación, ofreciéndoles los conocimientos que les permitan adquirir los hábitos y competencias exigidas por el proceso de construcción del Espacio Europeo de Educación Superior (p. 13).

El libro se compone de doce capítulos. Los cuatro primeros tratan la Filosofía de la Educación desde una aproximación siste-